

## EFERVESCENCIA POLITICA EN EL CONGO

### (II)

En el Congo, el clima de turbulencia e inestabilidad no ha sido exclusivo de la etapa de mando del comandante Nguabi<sup>1</sup>. Ya antes de la independencia se advertía una significativa agitación jalonada por desórdenes sangrientos motivados en gran parte por las profundas enemistades que dividen a las diversas etnias que pueblan su territorio.

Así, en febrero de 1959 la violencia se desataba en todo el territorio congoleño. Los días 17, 18 y 19 de dicho mes resultaron particularmente trágicos al producirse encarnizados choques en Poto-Poto, en los que intervinieron las tribus Balali y Bakongo (pertenecientes a la etnia Kongo, que representa el 45 por 100 de la población del Congo) contra los M'Bochi, muriendo más de cien personas y quedando heridas de gravedad otras doscientas. André Blanchet, testigo presencial de los acontecimientos, describía en *Le Monde* el danstesco espectáculo que ofrecían los hospitales: «Más de 160 operaciones en unas setenta y dos horas, tal es el récord, poco envidiable, que ha batido el nuevo hospital de Brazzaville. Es menester haber visitado este establecimiento flamante y sus hermosas salas, hoy atestadas, para tener una idea concreta del salvajismo que han revestido las matanzas en el próximo barrio de Poto-Poto. Las heridas que hubieron de curar los cirujanos fueron principalmente heridas craneanas y destripamientos, hasta en niños de corta edad. Eran horribles de ver: cráneos hendidos, pechos cortados, vientres abiertos, sin contar las quemaduras de aquellos cuyas casas fueron incendiadas y que los médicos vieron llegar como "carbones encendidos"... Fue el día 18 cuando la barbarie llegó al paroxismo. Ese día un hombre fue destripado a unos metros detrás del alto comisario, que visitaba los barrios siniestrados. Y eso sin otro motivo que la pertenencia a una tribu. Porque lo trágico de todo este asunto es que bastaba ser reconocido por un balali o un m'bochi, según el caso, o no saber responder en la misma lengua del que preguntaba para encontrar la muerte.»

---

<sup>1</sup> «Efervescencia política en el Congo», núm. 128 de esta REVISTA.

Esos dramáticos sucesos acaecían con alarmante frecuencia, porque la entonces República autónoma del Congo estaba escindida en tres zonas en las que predominan tres etnias distintas, que a su vez estaban acaudilladas por tres políticos mutuamente enemigos. El sur del Congo, y todo el litoral, constituía el feudo político del partido Progresista, de Félix Tchicaya; en la región central, con su epicentro en Brazzaville, predominan las 15 tribus de la etnia Kongo—seguidores entonces de la Unión Democrática (UDDIA), dirigida por el abate Fulbert Yulu— y sus ancestrales enemigos los Bateke; en el Norte, y en la zona de sabanas a orillas de los grandes ríos, se extienden las 10 tribus de la etnia M'Bochi, cuya expresión política era el Movimiento Socialista Africano (MSA), de Jacques Opangault. De esto resultaba una doble hostilidad mutua, étnica y política, que hacía inevitable la discordia sangrienta. La lucha se planteaba preferentemente entre el MSA, cuyo símbolo era un gallo, y la UDDIA, que adoptaba un cocodrilo como emblema. En los grandes centros urbanos, principalmente en Brazzaville (uno de cuyos barrios es Poto-Poto), al convivir gentes de las etnias enemigas, se producían choques frecuentes que aportaban un triste balance de muertes y destrucciones.

Estos antecedentes permitían deducir una enorme falta de madurez política en el país. Cualquier persona objetiva comprendía que una independencia inmediata significaría la introducción de un caos sangriento. Pero los dirigentes estaban ansiosos de asumir el poder para satisfacer sus ambiciones personales, y las masas, que iban a resultar los principales perjudicados con el cambio prematuro, hacían eco, dócilmente, a las exigencias de sus jefes, ya que eran incapaces de pensar por sí mismos. En consecuencia, el 15 de agosto de 1960 se proclamaba la independencia de la República del Congo, cuya presidencia era asumida por Fulbert Yulu. En el acto solemne que conmemoraba el nacimiento del nuevo Estado, Yulu declaraba: «Nuestra adhesión a la independencia se realiza en la paz y en la amistad», palabras optimistas que pronto iban a ser desmentidas por los acontecimientos.

En el momento de producirse la independencia, el Congo—país de 350.000 kilómetros cuadrados y una población de unas 800.000 almas—contaba con recursos económicos no despreciables, que le hubiesen permitido llevar una existencia desahogada de haber prevalecido un mínimo de concordia nacional y de haber dispuesto de cuadros preparados en la Administración. La mitad del territorio aproximadamente se halla cubierta por la selva ecuatorial, principalmente la región montañosa de Mayombe, primordial riqueza del

Congo, cuya explotación proporcionaba un ingreso anual de 2.000 millones de francos CFA por la exportación de maderas. A excepción de los cocoteros, que facilitaban unas 8.000 toneladas anuales de aceite de coco, la producción agrícola era modesta: tabaco, cacao, caña de azúcar, arroz y maíz. La minería extraía oro y plomo, siendo la producción de este último mineral de unas 8.000 toneladas anuales, y se habían localizado yacimientos petrolíferos al noroeste de Pointe Noire. La realización del proyecto de la presa del Kuilu permitía esperar la creación de un complejo industrial. Existía también el proyecto de construir una línea ferroviaria Bangui-Chad, cuyo punto final sería Pointe Noire; el río Congo aseguraría el transporte de mercancías hasta Brazzaville y después serían transportadas por ese ferrocarril hasta el Atlántico. Es decir que con los recursos naturales y esas obras de infraestructura mencionadas la población congoleña, menos de un millón de personas, hubiese podido alcanzar un satisfactorio nivel de vida de haber contado con los hombres capaces de llevar a cabo esa tarea de desarrollo económico.

El presidente del nuevo Estado africano, Fulbert Youlou, había sido sacerdote católico. Aunque fue suspendido en sus funciones sacerdotales en 1955 por violación de sus votos, seguía usando los hábitos y había permanecido soltero. Nació en Mumbuolo, en las afueras de Brazzaville, en 1917, y contaba, por lo tanto, cuarenta y tres años cuando ascendía a la suprema magistratura de la nación. Gozaba del pleno apoyo de las tribus Balali y Bakongo, que respaldaban su partido, la UDDIA (Unión Democrática para la Defensa de los Intereses Africanos). En la primera campaña política, en las elecciones para la Asamblea Nacional francesa, a principios de 1956, Youlou fracasó. Ese mismo año consiguió ser elegido alcalde de Brazzaville. En 1959 consiguió un escaño en la Asamblea legislativa territorial y creó un Gobierno autónomo; pero la UDDIA fue vencida al conseguir 22 escaños, frente a 23 del MSA. Opaangault, su gran rival, pasó a presidir el Gobierno en el que Youlou ocupó la cartera de Agricultura. Poco después el abate consiguió convencer a un diputado socialista para que se uniese a la UDDIA, y de tal forma, al poseer la mayoría cuando se estableció la República, Youlou fue designado jefe del Gobierno. Los socialistas abandonaron la Asamblea como protesta, pidiendo la celebración de nuevas elecciones. Estas se celebraron después de los graves sucesos de febrero de 1959, y en ellas consiguió Youlou una aplastante victoria al obtener la UDDIA 51 diputados, frente a 10 de la oposición. No obstante, a pesar de esta supremacía, Youlou tuvo la gran visión política de comprender que si

aspiraba a gobernar en paz el país, necesitaba asociar a las tareas de gobierno a sus rivales, y tras de laboriosas gestiones, consiguió que los dirigentes de las otras formaciones políticas aceptasen participar en las responsabilidades. En tal sentido, Opangault ocupó el cargo de vicepresidente de la República. El acierto de aquella decisión del abate se demuestra al considerar que durante los tres años que duró el Gobierno Yulu no existieron graves complicaciones<sup>2</sup>, siendo la única etapa en que conservó el Congo el orden y la tranquilidad. Parecía que la estabilidad estaba definitivamente conseguida en el nuevo Estado, por lo que Yulu, para cimentar la unidad nacional, suprimiendo los enfrentamientos entre los partidos políticos, hacía aprobar, en abril de 1963, por la Asamblea Nacional un proyecto de ley que contemplaba la formación, en fecha futura indeterminada, del partido único, lo que implicaría la abolición de todos los que funcionaban hasta entonces. La estructura y funciones de este partido sería estudiada en los meses sucesivos por el Parlamento. Fue un grave error del abate, ya que, a partir de este momento, el Congo se vio presa de las convulsiones políticas, que aún no han cesado.

El 14 de agosto de 1963 se producían sangrientos motines en Poto-Poto, que pronto se extendían a todo Brazzaville. Los disturbios comenzaron aprovechando la huelga general que paralizaba la capital y que tenía por finalidad conseguir un alza de salarios. Varios sindicalistas detenidos eran sacados de la cárcel por la multitud, que se enfrentaba a la policía, produciéndose 18 muertos. Se declaraba el estado de sitio como respuesta a las huelgas y a las manifestaciones de protesta contra el intento de crear el partido único. Yulu hacía un esfuerzo para apaciguar los ánimos, declarando en un discurso radiado que estaba dispuesto a gobernar con un «Comité de hombres de buena voluntad, que estaría compuesto por técnicos expertos en comercio y hombres no interesados en continuar en sus cargos». Con ello respondía al reproche generalizado de que los ministros del Gobierno se enriquecían rápidamente, mientras que la mayor parte de la población estaba sumida en

<sup>2</sup> Una excepción a la tranquilidad imperante se registró en los días 15 y 16 de septiembre de 1962 al producirse tumultos a consecuencia del partido de fútbol disputado entre las selecciones del Congo y Gabón en el estadio de Brazzaville, donde los equipos nacionales gaboneses de fútbol y baloncesto fueron apedreados por el público. Al difundirse esta noticia en Libreville, fueron agredidos los ciudadanos congoleños, resultando tres heridos graves. El día 19 el Gobierno de Gabón decidía expulsar a los súbditos congoleños que permanecían en el país. Yulu reaccionaba de forma serena ante estos acontecimientos y declaraba que el Congo no expulsaría a los súbditos gaboneses: «El pueblo de Gabón—decía— es para nosotros más que un pueblo hermano, casi el mismo pueblo que el nuestro, hasta el punto de que se ha pensado muy a menudo que Gabón y el Congo formaban un mismo país. No podemos olvidar esto en un día. A todos los gaboneses que quieran seguir en el Congo, el Gobierno les garantiza su protección.»

la miseria. Al propio tiempo anunciaba su intención de aplazar la creación del partido único. Tratando de consolidar su posición, solicitaba la intervención de la guarnición francesa—que ascendía a unos 600 hombres—, conforme a las estipulaciones de los tratados de cooperación firmados con Francia al proclamarse la independencia. Patrullas militares galas—del famoso sexto regimiento, mandado por el coronel Bigeard—comenzaban a recorrer las calles de la capital y carros blindados eran situados para proteger el palacio presidencial. Yulu se decidía a asumir todos los poderes, lo que exponía en un mensaje radiado a toda la nación: «Ante la gravedad de la situación, asumo todos los poderes civiles y militares. Una Comisión especial, bajo mi directa autoridad, tratará de restablecer el orden y la vuelta a la normalidad y dictará las reformas que sean necesarias.»

Pero todos los esfuerzos del abate resultaron vanos. El ambiente se deterioraba al estallar el día 15 nuevas violencias en las calles. En Poto-Poto, los miembros de la tribu Bateke—adversarios tradicionales de los Bakongo, seguidores de Yulu—se hacían dueños de la situación y exigían la dimisión del presidente. Las turbas se lanzaban al saqueo de los establecimientos, los automóviles eran volcados y se incendiaban varios edificios. Ante la gravedad de la situación, a la una de la tarde de dicho día, Yulu firmaba su carta de dimisión como presidente de la República y del Gobierno y las fuerzas armadas se hacían cargo interinamente del poder.

La rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos y la precisión demostrada en cubrir sucesivamente diversas etapas—pasando de una huelga sindical por motivos salariales a una revuelta política contra el partido único—sorprendieron a la opinión mundial. Que un pueblo como el congoleño, fuertemente dividido en sus tendencias, llegase a derrocar en día y medio un Gobierno del que formaban parte los tres partidos políticos principales resultaba sorprendente. Posteriormente se conocieron antecedentes que explicaron el éxito de la revuelta, la maestría con que fue planeada y ejecutada. Se explica esa perfección del golpe de Estado al conocerse que había sido cuidadosamente planeada en la Embajada checoslovaca de Leopoldville, utilizando a los sindicalistas, descontentos del malestar económico reinante, como fuerza de choque de los motines que habían de culminar con la dimisión de Yulu. Para encubrir la verdadera finalidad se acordó el nombramiento del dirigente de los Sindicatos cristianos, Pascal Okiemba, como secretario general de los Sindicatos, situando junto a él a dos sindicalistas adictos al comunismo, formados en los centros de instrucción de Praga, que eran

Bukambu y Matsika. Lanzada la enorme fuerza sindical a la revuelta, ésta fue desviada de sus objetivos iniciales por estos dos hombres clave, que encaminaron a las masas a la protesta política. La evicción de Yulu dejaba el camino libre para la implantación de un régimen socialista, tal como sucedió rápidamente.

El 16 de agosto el ejército disolvía la Asamblea Nacional y apoyaba la creación de un Gobierno provisional, presidido por Alphonse Massemba-Debat, considerado como izquierdista moderado, que se reservaba la cartera de Defensa<sup>3</sup>. Inmediatamente pasaba a ocupar el puesto de presidente de la República y dejaba la jefatura del Gobierno a Pascal Lisuba, de clara orientación marxista.

El nuevo presidente tenía cuarenta y dos años en aquellos momentos. Había sido ministro de Yulu y como éste pertenecía a la tribu Lari. A diferencia del abate, Massemba-Debat es protestante. Estudió, de 1940 a 1947, en la Escuela Técnica de Fort Lamy, regresando al Congo para dirigir varios centros educativos. En 1959 entró como diputado en la Asamblea, y Yulu le nombró ministro de Desarrollo en uno de sus primeros Gobiernos, hasta que cesó con motivo de sus divergencias con el abate.

El nuevo Gobierno decretaba una amnistía general en favor de los presos políticos condenados por actividades realizadas antes del 15 de agosto. Yulu era mantenido en arresto domiciliario, junto con el anterior ministro de Defensa, Nzalakanda, y el vicepresidente, Opangault. Al día siguiente de asumir el poder, Massemba-Debat declaraba que «serán necesarias medidas austeras y rigurosas para restablecer y levantar el bienestar nacional en el Congo». Dijo que la austeridad comenzaría por los propios ministros, quienes no percibirían mayores sueldos de los que venían recibiendo ni se albergarían en grandes casas, como hicieron sus predecesores.

A partir de la evicción de Yulu, el Congo no iba a recobrar ya la estabilidad perdida. Desde agosto de 1963, la República iba a quedar a merced de las facciones y una situación política confusa iba a caracterizar el decenio que alcanza hasta los momentos actuales y que persiste, sin que pueda advertirse ninguna perspectiva de distensión.

Massemba-Debat cambió radicalmente la orientación política de la República. Se trasladó a Pekín, y allí firmaba cuatro acuerdos con Mao Tse-tung,

<sup>3</sup> Los otros ministros eran: Interior e Información, Germain Bikuma; Sanidad, Deportes y Juventudes, Bernard Gaciba; Economía y Obras Públicas, Paul Kaya; Agricultura, Pascal Lisuba; Hacienda, Minas y Transportes, Edouard Babaka; Justicia, Jules Nkuku, y Asuntos Exteriores, Charles Danao.

quedando desde entonces ligada la República —que se transformó en Popular— del Congo a la China maoísta, que no ha escatimado su ayuda a Massemba-Debat y a sus sucesores. El Congo se transformó en un centro de agitación para los países vecinos. Durante la guerra civil registrada en el Congo-Leopoldville, las huestes extremistas de Mulele establecieron sus bases en territorio del Congo-Brazzaville y allí crearon campos de adiestramiento militar. En mayo de 1965 residían ya en territorio congoleño cuatrocientos agentes chinos, que en su mayor parte instruían al ejército de la República. Esta orientación produjo una gradual erosión de las estructuras políticas establecidas en el país, lo que desembocó en la permanente agitación de las masas, lanzadas a una campaña de subversión, de la que no escapó el nuevo Gobierno.

Así, en febrero de 1964, se producían graves disturbios en Brazzaville, viéndose la policía obligada a disparar y a emplear granadas de mano para dispersar a los revoltosos, que reclamaban la libertad de Yulu. Cinco muertos saldaban estas jornadas, y Massemba-Debat dirigía una severa alocución radiada, especialmente a la tribu Lari, por considerarla responsable de las manifestaciones: «Estos desórdenes —decía— nadie los quiere en el Congo. No permitiré que ni una sola tribu intente ejercer su dominio sobre las demás, todas por igual valerosas y capacitadas.»

El 15 de agosto siguiente, aniversario de la revolución, se descubría un tráfico de armas, revelado por Massemba-Debat en el discurso que pronunció en la plaza de la Libertad, y pocos días después eran detenidas 13 personas, acusadas de haber introducido el armamento. El decimocuarto acusado, ex secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores, había conseguido huir.

En octubre de 1964 se producía una grave tensión entre las dos Repúblicas congoleñas al ser acusado el jefe del Gobierno, Pascal Lisuba, de haber torturado a varios ciudadanos del Congo-Leopoldville, ejecutando a dos de ellos. En el plano interno, las autoridades de Brazzaville no mostraban menor rigor, ya que las cárceles rebosaban de personas detenidas por la sospecha de ser enemigas del régimen. Massemba-Debat se entregaba a una feroz represión de todos sus enemigos políticos, causando innumerables víctimas para consolidarse en el poder. El acto más escandaloso de esta triste etapa fue el ocurrido en febrero de 1965 cuando fueron asesinados por sus agentes especiales tres prominentes personalidades: Lazare Matsocota, procurador de la República; Anselme Maswene, director de la Agencia Congoleña de Información, y José Puabu, presidente del Tribunal Supremo de Justicia.

Los cadáveres mutilados de estos personajes fueron descubiertos en la orilla del río Congo después de que hubieran sido detenidos por las milicias, acusados de «maniobras contrarrevolucionarias». Varios centenares de hombres anónimos corrían igual suerte.

Quedaba claro que Massemba-Debat estaba decidido a exterminar a todos sus adversarios y a quienes se opusieran a sus planes de consolidar la dictadura marxista. Para justificar estas tropelías, Pascal Lisuba ya había anunciado que «se encargaría de los agentes interiores de la contrarrevolución» y que los habitantes de Brazzaville no debían extrañarse «si allí se practicaba este deporte en los días siguientes». Que no se trataba de una vana amenaza lo demostraron días más tarde los cuerpos torturados y mutilados de Matsocota, Puabu y Maswene, así como el de más de un centenar de víctimas anónimas.

A pesar del terror, a finales de marzo, el abate Fulbert Yulu conseguía evadirse de la prisión de Brazzaville y se refugiaba en Leopoldville. El 8 de junio, el Tribunal Popular de Brazzaville, reunido para juzgar a los «responsables del antiguo régimen», condenaba a muerte en rebeldía a Yulu. La sentencia aclaraba que el abate «está siendo buscado por nuestras fuerzas, que tienen orden de ejecutar la sentencia dondequiera que le encuentren». La sentencia la había pronunciado un Tribunal creado cuando el acusado llevaba ya un año en la cárcel. Con esta siniestra parodia de la justicia se culminaban las tropelías que prodigaba el nuevo régimen, con el resultado de transformar un país relativamente estable en un reducto de turbulencias, que se acrecentaron durante el mes de julio. Un comunicado gubernamental difundido el día 20 reconocía que «diversos incidentes localizados» se habían producido en la capital durante los últimos días y afirmaba que habían sido provocados por «ciertos elementos contrarrevolucionarios, a los que se han mezclado agitadores procedentes del exterior. El Gobierno congoleño se ha visto obligado a tomar medidas de seguridad para asegurar la tranquilidad de la ciudad en el momento en que se inician los primeros Juegos Africanos». El periódico *Dipanda* concretaba que en la noche del 14 de julio un grupo de agentes subversivos, armados de metralletas, había lanzado granadas de mano contra el domicilio del ministro del Interior.

El día 27, Massemba-Debat reunía a los periodistas para informarles de que el ex presidente Yulu había lanzado sobre Brazzaville un comando de 36 hombres, que tenían la misión de dar muerte a los ministros congoleños. Afirmaba que el comando había sido instruido y armado en Leopoldville

con la finalidad de dinamitar el estadio donde se celebraban los Juegos Africanos, sabotear los ferrocarriles, los puentes y los postes eléctricos. Una vez cumplida esta misión, el comando atacaría y asesinaría a los ministros. Según la versión del presidente, 18 hombres del comando habían sido detenidos; otro había muerto al hacerle explosión una granada, y los restantes habían conseguido huir. Se ordenaba la búsqueda de los fugitivos y se hacía constar a la población la obligación de denunciarlos, bajo pena de ser considerados como cómplices. Massemba-Debat concluía su alocución afirmando que los detenidos serían juzgados por la multitud. «Si el pueblo quiere que sean quemados o enterrados vivos, así se hará.» Este era el inaudito salvajismo que aplicaba Massemba-Debat, el hombre que hasta la subida al poder estaba considerado como «izquierdista moderado» y a quien la prensa norteamericana había saludado como a «un demócrata».

Massemba-Debat proseguía una infatigable actividad, destinada a consolidar el comunismo en el interior del país y a estrechar sus relaciones con los Estados del bloque socialista. En marzo Brazzaville había establecido relaciones diplomáticas con Corea del Norte, rompiendo con Seúl, que era uno de los pocos Estados del Este con el que no mantenía contactos. Para culminar su labor, durante el mes de agosto se trasladaba Massemba-Debat en visita oficial a la URSS. A su llegada a Moscú declaraba que «tenemos muchos amigos, y en la primera fila de ellos se encuentra el gran pueblo de la Unión Soviética. El día 18 se entrevistaba en el Kremlin con el presidente Anastas Mikoyan, y después realizaba una extensa gira por el país (Kiev, Volgograd, etc.), que le hacía prorrumper en elogios, recogidos extensamente por la prensa. El plan trazado por la Embajada checoslovaca en Leopoldville, que había significado el derrocamiento del anticomunista Yulu, estaba dando magníficos resultados.

Pocas horas antes de iniciar su viaje a la URSS, el presidente había anunciado la ruptura de relaciones de Brazzaville con Lisboa. El *Diario da Manhã*, comentando la decisión, consideraba que no resultaba sorprendente, dado el grado de penetración del comunismo en aquel país africano: «La URSS y China —decía— suscriben acuerdos de toda índole con el Congo de Massemba-Debat, envían técnicos de la guerrilla, ofrecen médicos, descargan cañones y, en suma, revelan una gran actividad.» *Les Temps Modernes* incluía un estudio sobre la transformación operada en el Congo tras la evicción de Yulu y resaltaba, entre otras cosas, que Massemba-Debat había autorizado al Movimiento Popular de Liberación de Angola a instalar una base logís-

tica en territorio congoleño, ofreciendo todo el apoyo necesario a dicho Movimiento.

Mientras tanto había cundido la decepción entre quienes habían ayudado, no siendo comunistas, a la subida de Massemba-Debat, que se percataban de su funesto error. Los sindicalistas cristianos, que habían combatido al abate en primera fila, advertían que habían sido engañados y utilizados como un simple instrumento, ya que ahora, consolidados en el poder, los nuevos dirigentes habían procedido a la marxistización total de los Sindicatos, encarcelando a quienes se oponían a esta conducta. Los liberales, que se habían enfrentado a Yulu por sus proyectos de crear un partido único nacional—para superar las enemistades tribales—, veían ahora consternados cómo se había implantado un partido único comunista y una férrea dictadura marxista, que les hacía desaparecer de la política activa o de la vida física mediante las milicias creadas por el nuevo régimen e instruidas por oficiales de la Cuba castrista.

Este proceso revolucionario culminaba con el ataque frontal a la Iglesia. El ministro del Interior y jefe de la Juventud Revolucionaria, Diallo Idrissa, reclamaba enérgicas medidas contra los católicos, y el presidente de la Confederación Sindical, Agor, exigía una drástica depuración de los «lacayos del clericalismo». Correspondiendo a estas demandas, el 9 de septiembre Massemba-Debat ordenaba la inmediata aplicación de la ley, aprobada por la Asamblea el 12 de agosto, que nacionalizaba todas las escuelas y prohibía la enseñanza del catolicismo. Al propio tiempo se ordenaba la expulsión de cuarenta profesores católicos.

A diferencia de lo ocurrido en otros Estados africanos—donde la mayoría de los golpes sólo han producido un cambio de personas—, en el Congo el derrocamiento de Yulu había significado un cambio radical de la orientación política, transformando el país en uno de los reductos del comunismo en el continente.

VICENTE SERRANO PADILLA